



Catedral de San Esteban / Fotografía de HGV

6 CRÓNICAS VIENESAS

EL CIELO EMPIEZA EN EL SUELO

1 / MISIÓN

Nunca supe quién fue el autor de la frase que titula estas paginitas de viaje, pero siempre me pareció que expresa una verdad tan inasiblemente perfecta que terminamos por olvidarnos de ella con la naturalidad con que vemos desvanecerse los arco iris.

Felizmente, la vida termina por arreglárselas a cada rato para que uno se sienta *en misión* de azularse el esqueleto cueste lo que nos cueste.

O, para hablarlo en Vallejo y Macedo al mismo tiempo, derrotar a *la miseria de amor* con un manso relumbre de *pan en los ojos*.

Un domingo del mes pasado *supe* (gracias a la insistencia de un amigo) que *tenía que viajar a Viena* para representar a la familia en el casamiento de mi hijo Nacho, que perfuma la capital musical del mundo con su guitarra desde hace 13 años.

Recibí mucha ayuda fraternal y pude resolver la entrada de la celeste a la cancha en 48 horas.

Nacho se preocupó por organizar milimétricamente mi estadía de una semana y yo me prometí aprovechar el viaje para visitar Salzburgo y ofrecerle una especie de fidelidad de perro a la humildísima casa donde Dios decidió que emergiera la crucificada precocidad de Wolfgang Amadeus Mozart.

Irma Hoesli combina con una contundencia devastadora tres fragmentos de cartas escritas por el hombre-niño desde Munich (8-I-1779), Mannheim (12-XI-1778) y Estrasburgo (15-X-1778) a propósito de su cuna maldita:

1) *Le aseguro, querido padre, que estoy ansioso de verlo, pero no de estar en Salzburgo... En pocas palabras, créame que ardo en deseos de abrazarlo a usted y a mi querida hermana, si no fuera que están en Salzburgo, pero como hasta el momento es imposible verlos sin viajar a Salzburgo, voy con alegría.*

2) *...siento alegría cuando pienso que he de hacerle una visita, pero disgusto y miedo cuando me veo nuevamente en esa corte de pordioseros.*

3) *¡Querido padre!, ¡le aseguro que si no fuera por el placer de poder abrazarlo pronto no regresaría a Salzburgo! (...) ...sólo usted, querido padre, sólo usted, puede endulzarme la amargura de Salzburgo.*

Lo que me fue imposible prever fue que la espesura áurea de Viena estuviese tan teñida por la *vocación de sanación* que el hombre-niño (que algunos piensan que murió envenenado a los 35 años y fue tirado a una fosa común) tuvo toda su vida, sin que su música *jamás* perdiera la PAX-LUX de una catedral gótica.

Claro que eso lo fui entendiendo muy de a poco, y cuando Nacho me recibió en el aeropuerto para pasar primero por su casa y después instalarme en el apartamento que le prestó un colega, sentí que estaba entrando en una atmósfera que irradiaba una armonía más *alta* que cualquier infierno.

El legendario *starets* Zósimo de Dostoievski definía sencillísimamente al *infierno* como el *sufrimiento de no poder amar*.

Y ese martes 7 de julio el verano vienés nos hostigaba con 35 grados a la sombra.

Pero mi corazón bogaba en el sosiego.

2 / SOSIEGO

Llegué a Viena el martes 6 de julio y mientras caminábamos unas cuadras desde el apartamento que alquila mi hijo hasta el que le había prestado un colega guitarrista asistente de Álvaro Pierri en la universidad (que esa semana tuvo que viajar al Festival de Liechtenstein) tuve la sensación de estar en un distrito muy alejado del “barullo céntrico” previsible.

El barrio respiraba una *liberación* de día feriado, y los resplandores color pastel de los impecables edificios prenovecentistas de no más de cuatro pisos dialogaban sistémicamente con el verdor de plazas-parques microclimáticas donde capté sonrisas de niños incrustadas en una limpidez general literalmente *compacta*.

Pero cuando Nacho me acompañó a comprarme unos shorts y una gorra de verano me di cuenta que estábamos a un paso del “corazón” de Viena.

O mucho mejor dicho: entendí que la planificadísima capital de Austria logra que sus menos de dos millones de habitantes sean sedantemente *habitados* en cada distrito por ese todopoderoso sosiego rítmico que seguimos llamando *tempo giusto*.

No recuerdo en cuál biografía de Mozart encontré citada esta inapelable definición del hombre-niño que sufrió una incompreensión casi tan pavorosa como la de Beethoven: *Música es tempo, tempo, tempo y tempo*.

Y no hubo calamidad capaz de hacerlo caer en la descalabrante arritmia que Beethoven isomorfizaba en sus escritos, cuando ya casi había perdido la fe en la *andadura terrestre* del *ideal*:

(...) *Humillación del hombre por el hombre, ello me duele* -aúlla en una carta sin destinatario conocido enviada desde Tepliz el 6-VII de 1812: *Y cuando me contemplo en relación con el Universo, qué soy yo y qué es Aquél, ¡a quien llaman el más Grande! Y, sin embargo, también en esto aparece lo divino en lo humano. Ay, Dios, ¡tan cercano!, ¡tan lejano! ¿No es un edificio celeste nuestro amor, tan fuerte como los fuertes del cielo?*

Porque fue recién después de la inserción de la *Oda a la alegría* en su sinfonía considerada cumbre (aunque ya en un borrador de la séptima descubierto hace muy pocos años aparece estampada como acápite la palabra *desesperación*, lo que está demostrando cuál era el enemigo mortal que debía *transfigurar* en un torrente de potencia *sublime*) que Beethoven terminó por aceptar que la máxima heroicidad del *mago estético* es construir la *trascendencia abstracta* sobre el enclave de la *concretud planetaria* de cada día.

Justo aquel martes 6 era el cumpleaños de la compañera de Nacho, y lo festejamos compartiendo un pulpón asado *a la uruguaya* en una especie de barrio-colina de casas no suntuosas aunque completamente rodeadas de un *hábitat* tan silvestre como el de Villa Serrana.

Y en el bajío del terrenito fosforecía una cañada que me hizo murmurar el mantra de San Juan de la Cruz bajo una PAX-LUX de nácar:

Qué bien sé yo la fonte que mana y corre / aunque es de noche.

3 / BARBARIE

El jueves 8 de julio fuimos a Salzburgo con Guillermo Wood, que también había llegado a la capital musical del mundo para presenciar la boda de mi hijo.

En la primera de estas paginitas de bitácora especifiqué que cuando tomé la decisión de viajar misioneramente a Austria me prometí ofrecerle una especie de fidelidad de perro a la humildísima casa donde Dios decidió que emergiera la crucificada precocidad de Wolfgang Amadeus Mozart.

Conocí el Andante del Concierto Nº 21 para piano y orquesta a los 20 años, y demoré otras dos décadas en atreverme a ponerle un texto que me emsamblara emblemáticamente con el hombre-niño y terminé por grabarlo en 2011.

Le agregué una breve introducción de San Juan de la Cruz y considero que lo que titulé el *Andante de la Fonte* es algo así como mi *cédula de identidad espiritual*.

Olga Pierri me había hablado de la *saturación* que provoca la encolinada y vistosa Salzburgo, pero a mí me fue imposible prever que aquella ciudad que el hombre-niño odió sin disimulo durante toda su vida fuera tan ostensiblemente un *circo turístico organizado para invadir su mito*.

La *Mozart Wohnhaus* transformada en museo permite al visitante circular a través de más de 100 puntos referenciales (que incluyen instrumentos, cuadros, documentos escritos, etc.) provisto de un aparatito que explica en diferentes idiomas todo lo que *reluce* allí.

Sería imposible calcular a cuántos integrantes de las interminables excursiones les importa la música supraterrrenal que sigue rezumando el espíritu de Mozart (y lo más seguro es que un altísimo porcentaje jamás lo haya escuchado de verdad) pero el *lucimiento glamoroso del niño prodigio* les interesa a *todos*.

La *religiosidad invencible* que siempre le hizo sonreír la calavera al basureado hijo de don Leopoldo, en cambio, es un pecado que el consumismo salvaje se especializa en *ningunear*.

En la década del 90, cuando tuve que empezar a lidiar con la dantesca selva que se apoderó de mi vida, escribí un tríptico sórdido titulado *Amadeus*:

I Quemaré las muletas / del niño que murió. / Me bastan los muñones / para escarbar el mundo.

II Solo / en el centro de todos / tu levedad rutiló / bajo la mañana blanca / y te aplaudieron igual / que a un velero de juguete. / Solo / en el centro de todo / tu corazón levitó / sobre la mañana triste / y te olvidaron igual / que a una estrella descarriada.

III Con una rosa rota en la garganta / les digo basta y beso la sentencia / que me gané por arañar el mundo. / Quiero que los perfume un niño muerto.

Y ahora, casi 30 años después, le pedí a Guillermo Wood que me sacara una foto sentado en el escalón de entrada de la *Mozart Wohnhaus*, y teatralicé una pose más rabiosa que asqueada.

¡Ay amor que le sigue molestando a la barbarie ilustrada, Silvio!

¡Ay amor que se nos sigue yendo por el aire del Gólgota, Federico!

4 / CATEDRAL

Un día antes de mi *trilce* (en el sentido de *triste* y *dulce*) viaje a Salzburgo, mi hijo me había llevado a conocer la catedral de San Esteban.

Allí pude comprobar que el verdadero *centro* de Viena no es una *planicie comercial* sino una *cumbre estética*.

Vale decir: lo que *reina* en la ciudad es un espiralamiento arquitectónico iniciado en 1137 que conecta lo románico, lo gótico, lo renacentista y lo barroco con una gracia de invencibilidad capaz de superar catástrofes de todo tipo.

Una de las más terribles se produjo el 7 de octubre de 1938, cuando durante la festividad de Nuestra Señora del Rosario el cardenal Theodor Innitzer *armó lío* vociferando en un famoso sermón: ¡*Nuestro único Führer es Jesucristo!*, y las juventudes hitlerianas terminaron tomando por asalto el Palacio Episcopal.

Y si revisamos el relacionamiento aritmético del templo nos encontramos con una especie de estructuradísimo enclave clarinando contra el *gran cambalache* del siglo XXI (Saúl Ibargoyen dixit): la anchura es de 111 pies (35,52 m.) mientras que la

longitud suma 333 pies (tres veces 111) y hay 343 peldaños (7 por 7 por 7) coronados por los 444 pies (142, 08 m.) de la torre sur.

La compacta maquette de altura humana erigida afuera del templo demuestra con rotundidad, por otra parte, que allí todo es *sincronicidad áurea*, más acá o más allá de las continuas reformas y reconstrucciones acumuladas a lo largo de casi diez siglos.

El *Belvedere*, en cambio, el célebre museo instalado en el Palacio que se construyó en el siglo XVIII para el príncipe Eugenio de Saboya (y que después adquirió María Teresa) es una réplica de Versalles donde el rococó imperial transforma al barroco de estirpe contrarreformista en una enjardinada suntuosidad *vacía*.

Y fue tragicómico encontrar un Hulk verde cotorra expuesto entre las no menos monstruosas columnas de mármol redimidas en el primer piso por la jugadísima vanguardia novecentista: nada menos que Klimt, Schiele y Kokoshka.

No tuve tiempo de averiguar quién concibió ese *bromazo* posmoderno (para hablarlo en Espínola Gómez) que demuestra que la barbarie ilustrada de los imperios siempre termina por tratar de aplastarnos con una caoticidad alienante y seductora.

En la catedral, en cambio, el primer rayo que recae sobre el altar mayor ilumina el lugar que se usa como símbolo del *cielo abierto* que, según los *Hechos de los Apóstoles*, pudo contemplar San Esteban mientras cantaba un himno en plena lapidación.

Y no me asombra en absoluto haber fotografiado imantadamente la nave donde dos altísimos vitrales derraman una especie de nácar supraterrrenal sobre el oro del retablo de la Virgen coronada por su Hijo.

Estos datos los conocí después de documentarme, pero yo supe ipso facto que allí estaba *Ella* porque ese resplandor me viene guiando desde que llegué a París en 1973 y una Beatrice de 15 años me purificó irreversiblemente con el mismísimo *trasluz inmaculado* que habitó al primer mártir de la cristiandad mientras llovían las piedras.

¿Les molesta este amor?

5 / EL CIELO EMPIEZA EN EL SUELO

BODA

Mi hijo Nacho y su compañera austríaca, Valentina, se casaron el viernes 10 de julio por civil y no necesito jurar que jamás vi besarse tanto a una pareja frente a un funcionario público ni frente a un sacerdote.

Porque el *ejercicio de la promesa nupcial* que vimos en aquel juzgado podría ser casi exactamente descrito con dos estrofas del poema de Miguel Hernández que Serrat no incluyó en una de sus más perfectas musicalizaciones:

Hundo en tu boca mi vida / oigo rumores de espacios, / y el infinito parece / que sobre mí se ha volcado. // He de volverte a besar / he de volver, hundo, caigo / mientras descenden los siglos / hacia los hondos barrancos / como una febril nevada / de besos y enamorados.

Porque lo que fermentaba en aquella ceremonia era una *vocación de trascendencia* que parecía transformar al mundo entero en un templo sin límites geográficos ni dogmáticos.

Fue una boda esencialmente mestiza, además.

El festejo a cielo abierto se organizó en una bodega medieval suburbana enclavada entre viñedos que resplandecían entre una horizontalidad crepuscular desde donde se divisaba la pureza de una ciudad que derrotó al smog.

Pero en aquel asado donde se tomó vino y cerveza durante muchas horas lo que no enturbió a nadie en ningún momento fue el smog de las almas.

No te vayas a creer que aquí todos los casamientos son así, me advirtió uno de los músicos latinoamericanos que rodeaban la barbacoa donde el cantante de *Garufa!* maniobraba con el carbón para que los pulpones le quedaran jugosos.

Nacho vive hace trece años en Viena, adonde se graduó de Magister bajo la dirección de Álvaro Pierri, uno de los mayores guitarristas de todos los tiempos, y cuando marchó a la guerra sin ninguna beca todavía tenía el pasaporte italiano en trámite y tuvo que arreglárselas laburando humillantemente en negro, porque las ayudas familiares fueron muy esporádicas.

Vale decir: tuvo que sobrevivir como los escarabajos peloteros, a puro manjar de estiércol, y al final se ganó el derecho a autoidentificarse con el personaje de una copla de Moreno Palacios que le gusta muchísimo.

Si a los reyes da grandeza el sentarse sobre el trono, / puedo también darme tono, yo a pesar de mi pobreza / y a no agachar la cabeza, de hombre libre y vagabundo / porque hay un sentir profundo que me sirve de consuelo, / y es que al sentarme en el suelo yo me siento sobre el mundo.

Lo asombroso fue que después del postre los novios se sentaron literalmente un rato en el centro de un gran corazón formado con candelitas sobre el pasto del fondo, y cuando pregunté si aquello era una tradición austríaca me explicaron que el ritual lo había inventado la madre de Valentina, que irradiaba una despeinada felicidad de vaudeville mozartiano.

La vocación de trascendencia sabe cómo reinar.

6 / CONTRACONQUISTA

Mi hijo se fue de luna de miel el lunes 13 de julio y me dejó un día hospedado en la casa del pianista argentino Diego Collatti, que también se graduó en la Universidad de Viena y descartó el acomodamiento en la *rutina estándar* de la *música clásica* para sumergirse en la *mestización contraconquistadora* (una definición de suprema inteligencia acuñada por Lezama Lima en *La expresión americana*) fundamentalmente a través del tango.

El pionero en este terreno fue Carlitos Gardel, al final de una década donde el asombroso fútbol celeste ya había ganado dos Olimpíadas sin que nadie pudiera entender cómo podía estar arrasándolos tan imparablemente el *soplo* del Nuevo Mundo.

Y Joaquín Torres-García, después de *armar terrible lío provinciano* al inventar el mapa de la Sudamérica invertida, definía así la *alternativa salvífica* del artista de emergencia periférica en *La Regla Abstracta*, de 1946:

Necesita la intervención de un elemento primordial: su alma. Por ella ha de dar con algo inédito, algo que no conoce el mundo y que será su aporte original -suyo- a las generaciones: algo que podría llamarse divino por surgir de las profundidades del ser. (..) Que piense, por ejemplo, que está en el "NUEVO MUNDO"(...) que piense -en fin- que AMÉRICA TODA HA DE LEVANTARSE NUEVAMENTE PARA DAR -en los

tiempos modernos- un arte virgen y poderoso (...) como si hubiésemos adquirido un nuevo órgano de visión: el mundo contemporáneo nos ofrece un espectáculo que -de la base a la cima- constituye toda una nueva arquitectura maravillosa. Y por esto ya lo caduco (lo que ayer juzgábamos moderno) ya no nos puede satisfacer.

Casi medio siglo después, sin embargo, la devastadora decadencia infraestructural provocada por la manipulación imperialista, hizo que muchísimos de nuestros artistas tuvieran que *refundar* el *neobarroco americano* en Europa.

Claro que algunos no se resignaron a limarse la *garra*.

Mi hijo Nacho se graduó como Magister en Viena bajo la dirección de Álvaro Pierri aunque se las arregló, paralelamente, para trabajar en Córcega con el autodidacta Ciro Pérez (que elaboró su *yeito* acompañando nada menos que a Zitarrosa y a Grela) y hacer una digestión de impresionante *vuelo popular* después de co-fundar *Garufa!*, un grupo multimedia de corte *luthieriano* que cuando incorporó a su repertorio un exquisito flanco instrumental terminó por deslumbrar nada menos que al público del Festival Internacional de Liechtenstein en 2012.

Hasta que en febrero de este año Collatti lo incluyó junto a otro integrante de *Garufa!* en su quinteto *Minimal Tango* (junto a un bandoneonista de Malasia y una violinista japonesa) y pudimos escuchar por Internet un recital radial que abarcó toda la historia del tango, sin dejar de agregar composiciones propias donde las texturas atonales post-piazzolliananas encajan sin *desconcertar*.

Martí fue quien formuló con un insuperable calado de lucidez el pinchudo proceso de estas alquimias independentistas: *Todo es hermoso y constante, / Todo es música y razón, / Y todo, como el diamante, / Antes que luz es carbón.*

Y al fin Viena tiene su tango.

